

TIEMPOS DE BRUMA

EL CRIMEN DE LOURDES TXIKI



JOSE LUIS VÉLAZ

27 de junio de 1940. Las tropas del Tercer Reich llegan al Bidasoa, donde son recibidas, entre otros, por las autoridades españolas al tiempo que es izada la cruz gamada en el puente internacional. El cuartel general se establece en Biarritz. Desde ese momento, soldados y oficiales nazis disfrutarán de sus días de asueto en San Sebastián donde se darán cita importantes acontecimientos festivos en el verano de la capital donostiarra y donde el jefe del Estado Francisco Franco establecerá su residencia de verano, en el palacio de Ayete, como anteriormente lo hicieron los reyes.

Las redes de espionaje, en especial la británica y la alemana, mantendrán una gran actividad en toda la zona. Marie Etchepare, una atractiva joven perteneciente a la red alemana del capitán Helmut Lang centralizada en Bilbao, se introduce, para labores de contraespionaje, en la red británica, formada, entre otros, por un grupo de antiguos miembros del Deuxième Bureau francés favorables al general De Gaulle en el exilio, siendo enviada al Madrid de la posguerra, junto al no menos seductor espía de la red británica, Julián Echániz, quien tiene una particular misión ejecutora, dentro de la denominada operación Gavilán, contra un importante ministro del régimen.

Mientras tanto, en la capital donostiarra, se ha cometido un horrendo crimen, mediante un ritual de magia negra nazi con una joven, en la gruta de Lourdes Txiki, el cual es investigado por el subinspector de la policía armada Veramendi, antiguo gudari vasco; sin embargo, el coronel Hoffmann del departamento secreto de la Gestapo, para el control de las sociedades ocultistas, llega a San Sebastián siguiendo los pasos del autor de dicho crimen.

Los hombres son tan simples y se someten hasta tal punto a las necesidades presentes, que quien engaña encontrará siempre quien se deje engañar.

Nicolás Maquiavelo.

Los simples son carne de matadero: se los utiliza cuando sirven para debilitar el poder enemigo, y se los sacrifica cuando ya no sirven. (Fray Guillermo de Baskerville al Abad).

Umberto Eco. El nombre de la rosa.

Salvo concretas excepciones se ha *respetado* la grafía de los nombres de personas, poblaciones, calles y otros lugares en consonancia con los oficiales existentes en la época a la que se refiere la obra.

Tiempos de bruma es una obra de ficción. Documentada con hechos reales y dentro de un contexto histórico se entremezclan hechos y personajes auténticos con otros de ficción; si bien, el autor ha obrado en todo momento con libertad absoluta para modificar tanto a los personajes como los detalles históricos en función del relato de ficción, resultando por todo ello imaginarios, sin que los hechos narrados tengan que corresponder con la realidad.

Las personas —en cada época según sus medios— siempre han estado controladas por el poder —en todas sus acepciones—, para ello este necesita información oculta e íntima de sus adversarios, de quienes puedan hacerle frente, muchas veces sitios entre sus más cercanos, mas también de cualesquiera otros; información que analizada debidamente ha de servir para conocer sus intenciones... por eso siempre estarán ahí, de una u otra forma, y en particular en tiempos de bruma, **los espías que te observan...**

I

Preludio

En estos días oscuros, abandonado a mi suerte en un triste hospital de una apartada isla cuyo nombre prefiero reservarme, mientras espero la muerte, a mis noventa y cuatro años, ahora que ya no aguardo otra cosa y que tampoco temo a nada, me dispongo a narrar una terrible historia, jamás contada, que me tocó vivir en primera persona cuando el veterano coronel de la Gestapo Klaus Hoffmann, me eligió como su ayudante para una misión, que yo, desde luego, desconocía. Y aunque olvide si he tomado mi medicina de esta misma mañana; sin embargo, aquellos hechos, los recuerdo como si volviera a ese pasado, pues los tengo grabados en mi memoria a prueba de fuego.

Fueron unos días, en 1940, que todavía hoy me atormentan. No sé llorar. Hace tiempo que perdí la sistemática para ello. A cambio, imagino un rostro —es el mío—, del que brotan continuos regueros de lágrimas cayendo por las comisuras de los ojos. Me invade la tristura. Y la rabia... ¡Ay, la rabia! —resuenan estruendosas carcajadas en mi interior—, purificadora esta, salvándome, una vez más, del abismo de la depresión para envolverme en un nuevo proyecto, en una nueva esperanza: en narrar, ahora, lo que sé y viví. Eso me hace seguir.

Acababa de cumplir dieciocho años cuando me llamó y me ordenó que me presentara en la Oficina Central de Seguridad del Reich (RSHA, por sus iniciales en alemán), de la calle Prinz-Albrecht en Berlín, donde me darían los docu-

mentos necesarios para que me desplazara a París. Allí, al día siguiente, 22 de septiembre de 1940, debía reunirme con él, en la estación de Montparnasse, para un viaje por tiempo indefinido, pero que muy probablemente iba a ser de larga duración. Nunca supe, realmente, el motivo por el que me eligió a mí. Hasta comienzos de la guerra había sido un estudiante normal, al que le iban mejor las matemáticas y la resolución de crucigramas que la Historia del Arte o la Geografía. Siempre pensé que el hecho de que hablara, de forma bastante correcta, el español, lo que figuraba, entre otras cosas, en mi ficha de las juventudes nacionalsocialistas habría sido la causa de mi elección. El coronel Hoffmann tenía entonces sesenta y ocho años y un extenso currículum militar. Con la Primera Guerra Mundial había abandonado su carrera como profesor universitario de ingeniería industrial incorporándose a la policía militar donde había destacado, resolviendo casos que a veces poco tenían que ver con la propia guerra, solo que habían sucedido en ese momento y entre militares. A su término había pasado tres años en Argentina, al parecer, por un proyecto de investigación en dicho país hasta que regresó nuevamente a Alemania. Con la nueva guerra, lejos de retirarse, había sido considerado muy útil para determinadas misiones en el seno de la Gestapo. Era un hombre fuerte, de reacias y pronunciadas mandíbulas, siempre bien afeitado, con el pelo blanquecino, engominado, bajo su gorra militar, y sus ojos claros, de pálido gris, profundos, exaltados, como en permanente vigilia; también era alto, espigado; vestía impecable, siempre lustrados sus zapatos, y su uniforme limpio, cubierto por lo general en invierno, con un abrigo largo de cuero negro cruzado que realizaba su imponencia. Muy reservado, de pocas palabras, apenas me atrevía a preguntarle nada y si lo hacía, muchas contestaciones las daba con su mirada. Llegué a la estación a la hora señalada y unos segundos después el coronel apareció en el lugar establecido. Llevaba una maleta grande consigo y, tras ha-

cerme una seña, me hizo que lo siguiera hasta que observé que nos dirigíamos al andén del tren expreso con destino a Hendaya. En un momento de distensión, al cabo de dos horas de viaje, mientras comíamos algo y antes de intentar conciliar un poco el sueño, osé a preguntar:

—Señor... ¿puedo saber adónde vamos?

Tras un rato en silencio el coronel me miró y al final decidió contestarme.

—Vamos a colaborar con la policía española en la resolución de un crimen que podría afectar a nuestros intereses.

II

Domingo, 8 de septiembre de 1940

Al mismo tiempo que los cazas alemanes bombardeaban la ciudad de Londres dejando sangre y fuego en ambas orillas del Támesis, el teniente Ralf Weber, de la dotación del ejército nazi destinado en Biarritz, se hallaba en la habitación interior 307 del Hotel Europa de la calle Prim de San Sebastián junto a Sara Garmendia; ambos de pie, se miraban en silencio, al borde de la cama del dormitorio iluminado tenuemente con la luz cálida de las mesillas de noche. Él le quitó la diadema de la cabeza dejando caer libremente el cabello, ligeramente ondulado, caoba claro, a juego con las pecas que salpicaban sus suaves pómulos de piel candorosa, sin dejar de mirar su atractivo rostro. Ella le gustaba mucho. La besó en la cara, y luego, mientras sentía el olor de la fragancia que desprendía el cercano cuerpo femenino, bajó sus labios lentamente hacia su cuello, largo y delicado, mientras Sara cerraba los ojos echando hacia atrás rectilínea su cabeza, sintiendo la humedad de la boca del oficial alemán acariciando, tiernamente, su piel sensible, ya estimulada. El tono ámbar de la luz caldeaba la habitación proyectando la figura de ambos abrazados, sobre la pared, a modo de una pareja de tango. Luego, él puso sus labios sobre los de ella, que mantenía los ojos cerrados, sintiendo, mientras los acogía apasionadamente abriendo la boca para que él penetrara en su interior. Así, el hombre comenzó a desabrochar los corchetes del fino y sedoso vestido blanco, que un cinturón, del mismo tono, hacía su-

bir a la altura de las rodillas de la joven, pero sus manos eran demasiado grandes para lograrlo. La mujer sonrió, como si en ese momento despertara de su letargo amoroso, mientras le apartaba los brazos, soltándose ella misma el vestido. Él también sonrió, sin despegar los labios. Había dejado la gorra sobre la cómoda, resplandeciendo con el tibio fulgor de las lámparas la cabeza joven y recta que mostraba un recortado pelo rubio, como sus cejas, en un rostro perfectamente rasurado, y unos ojos azules, muy claros, que Sara dudaba fueran sinceros. Luego comenzó a soltarle los botones superiores de la guerrera de su atuendo militar de paseo, de las *Waffen-SS*, alegre y divertida, haciendo ademán para que siguiera él, mientras ella se desprendía totalmente del vestido. Desnudos cayeron sobre la cama amándose apasionadamente. Luego quedaron así, por un rato, el hombre aún dentro del cuerpo de la mujer, unidos los cuerpos, tendidos y abrazados. En total silencio. No se oía nada, tan solo la respiración aún jadeante. La fiesta estaba en la calle. Finalmente el militar alemán miró su reloj y sin decir nada se levantó. Ella abrió sus ojos y miró gustosamente la figura impecable, alta y sobria, masculina del teutón, totalmente desnudo que se dirigía a la ducha. Todavía en la puerta él volvió su cabeza y mirando el cuerpo de la joven sobre la cama se sintió complacido. Ambos se sonrieron con complicidad, también con picardía.

En cuanto Sara escuchó el ruido del agua de la ducha se abalanzó, apresurada y sigilosamente, sobre la ropa del teniente, palpando con sus suaves manos el bulto de la cartera. De un bolsillo del pantalón sacó una grande, de piel negra. Vio que tenía bastante dinero, en francos y en pesetas, pero no le interesó. Rápidamente sacó los documentos de identidad y afiliación copiando detenidamente los datos de los mismos en un papel. Estaba muy nerviosa. De vez en cuando miraba hacia atrás, precavida. El ruido de la ducha que llegaba desde el baño contiguo se seguía oyendo. Guardó precipitadamente la cartera en su bolsillo registran-

do, ahora, los de la guerrera. Notó que algo sobresalía de un bolsillo interior. ¡Ahí estaba lo que buscaba! El sobre mediano, amarillo, a la atención del señor Beissel, jefe del partido nacionalsocialista alemán de San Sebastián; volvió a mirar hacia atrás y entonces le vio a él, plantado desnudo, apoyado en el marco de la puerta, observándola en silencio, con los brazos cruzados. Aun así el agua de la ducha seguía oyéndose. Ella se estremeció y antes de que fuera a excusarse, él dijo algo, en su idioma, que no entendió, pero que por la forma en que lo expresó no era nada agradable.

—¡Siéntate ahí! —dijo esta vez en castellano mientras mostraba la cama. Luego, cogió el teléfono de la mesilla y pidió a recepción que le pusieran con el número 15 315 de la ciudad y habló con alguien, pocas palabras en alemán, mientras ella seguía sentada al borde de la cama, totalmente desnuda, juntas las manos por las palmas entre los muslos, mirándolo sobrecogida, pero serena.

—¡Vístete y vete. Rápido! —volvió a decir el militar, haciendo un gesto con la cabeza, mostrando la puerta de la habitación. Ella así lo hizo, sin pérdida de tiempo. Él cogió el sobre amarillo dejándolo donde antes lo guardaba, vació el bolso de la joven sobre la cama y la cacheó antes de que se fuera, quitándole la hoja doblada en la que había anotado los datos que había sonsacado de su documentación y, tras mirar y leer la nota, levantó y dirigió su mirada hacia la mujer que se encontraba junto a la puerta colocándose alrededor del cuello un bonito pañuelo largo de seda azul claro.

—Me habías gustado. Es una lástima —dijo él, mientras negaba con la cabeza y luego, con la mano derecha, hizo un gesto para que se marchara. Y ella se fue sin decir ni media palabra.

Dos días después, el cuerpo de Sara Garmendia, sin vida, aparecería en extrañas circunstancias en la gruta de

Lourdes Txiki, en la subida del monte Igueldo, con síntomas de haber sido utilizado en un ritual de magia negra.

III

La ciudad festiva

Mientras Sara cerraba la puerta de la habitación del hotel dejando al teniente, centenares de aviones alemanes seguían descargando sobre Londres, furiosamente, sus bombas como torrentes de acero, causando un cruento rastro: cientos de muertos y millares de heridos, provocando grandes daños en instalaciones de utilidad pública y de abastecimiento. Ardían los depósitos de petróleo y las fábricas de gas, de electricidad e instalaciones hidráulicas. Muelles, puertos y aeródromos destruidos, barcos hundidos, aviones abatidos. Las masas opacas de humo se extendían hasta la misma desembocadura del Támesis en una ofensiva aérea sin precedentes, bajo la dirección del propio mariscal Goering que rompía el paréntesis de relativa calma abierto en el viejo continente tras izarse la bandera del Reich a orillas del Bidasoa.

El teniente Ralf Weber se había, como tantos otros soldados del Tercer Reich, desplazado ese fin de semana a pasar unos relajantes días de asueto a San Sebastián. Había ido junto con el capitán Hermann Bauer y otros dos oficiales en un coche del ejército alemán —los soldados sin esa graduación no tenían la misma suerte y salían, desde el País Vasco francés hasta la Bella Easo, la capital guipuzcoana, en camiones militares que llenaban—. Los cuatro oficiales habían conseguido dos habitaciones dobles en el Hotel Europa, gracias a los hilos movidos por sus amistades del partido nacionalsocialista de la capital donostiarra, lo que había

sido todo un logro, teniendo en cuenta que se hallaban todos los hoteles de la ciudad con el cartel de completo y que, incluso en ese mismo estado se encontraban los de las poblaciones cercanas de la costa vasca. No era para menos. La festividad de la Virgen del Coro, con todas sus actividades, religiosas y profanas, dejaba, al igual que había ocurrido el quince de agosto, saturada la oferta hotelera. Habían llegado la víspera, sábado a primera hora de la mañana, y se iban a volver el mismo domingo. Apenas tenían poco más de treinta minutos desde el campamento.

La ciudad elegante, animada y festiva, los acogía con alegría haciéndoles olvidar la crudeza del conflicto bélico. A pesar de la guerra civil que había terminado tan solo un año antes, San Sebastián no había perdido ese encanto natural, provocador, con esa fina hermosura, tan femenina quizás, tan delicada, que evocaba el puritanismo exacerbado de la época, pero a su vez, mezclado con el deseo sensual, soterrado, que incita tanta belleza.

Ya, mucho antes, no solo había sido el centro de la monarquía española, sino el lugar de descanso de muchas casas reales europeas, así como de gentes pudientes que llegados, atraídos por sus virtudes, desde todos los confines, habían dotado a la ciudad del *glamour* de la denominada *belle époque*, que siguió cuando París lo perdió al verse atrapada por la Primera Guerra Mundial, lo que acentuó la llegada a San Sebastián, por la neutralidad española en la misma, de personas con poder adquisitivo desde muchos países envueltos por el gran conflicto armado. Y aunque, en 1940, las consecuencias de la reciente guerra civil eran evidentes, con racionamientos de productos de gran consumo, la ciudad, que había sido tomada por las columnas navarras, requetés en su mayoría, aliadas con el régimen franquista, en la primera fase de la contienda, había vivido una relativa calma, hasta el punto de que alguna embajada en España, como la francesa, se había trasladado, como ya antes hubiera ocurrido, a San Sebastián. Todo ello había

hecho que la ciudad, que en realidad era el centro de toda una gran comarca, hubiera mantenido una gran colonia de franceses, británicos y alemanes, llegados en épocas anteriores, que en muchos casos mantenían comercios, empresas y asociaciones que favorecían sus propias costumbres. La colonia alemana, además, era muy populosa en todo el País Vasco desde principios de siglo, pues habían arribado, en muchos casos con sus inversiones, por el gran desarrollo de la industria pesada que fue acompañada de la gran banca. Debido a todo ello, ya desde la Primera Guerra Mundial, se había creado el caldo de cultivo para la expansión de importantes redes de espionaje, que partían de la propia ciudad, como era el caso de la británica, así como de otras que circundaban a su alrededor.

El sábado, los cuatro oficiales del Tercer Reich, habían comenzado a disfrutar del programa festivo que se sucedía, durante el fin de semana, en distintas zonas: regatas de traineras en la bahía de la Concha, importantes carreras de caballos en el hipódromo de Lasarte; en la nueva plaza de toros, los carteles anunciaban para ese domingo, una corrida con seis astados de Saltillo para los toreros Bienvenida, el Estudiante y Paquito Casado. También, se daba cita, la travesía del paseo José Antonio Primo de Rivera organizada por el club Amaikak Bat, una competición de natación libre, de dos mil metros, en pleno mar, que atraía a muchos participantes. Los teatros Príncipe, Principal, Trueba y Victoria Eugenia, entre otros, presentaban afamadas obras. A las diez de la noche comenzaba la verbena en el muelle. A las diez cuarenta y cinco, en el teatro Victoria Eugenia, la Quincena Musical presentaba la zarzuela Doña Francisquita. A las once, en el primer espigón del puerto se lanzaba una colección de fuegos artificiales sobre la bahía y luego seguía la verbena hasta altas horas de la madrugada. Durante el fin de semana se anunciaban, también, grandes partidos de pelota a remonte y pala en el Frontón Moderno; y en el Nuevo Frontón de Gros, participarían las señoritas del Ibe-

ria de Madrid donde destacaba «la famosa, por imbatible, señorita Paz». En el Frontón Urumea el programa de partidos de cesta punta era de primera línea, enfrentándose una conocida pareja contra tres *puntistas*. Igualmente comenzaba el Campeonato de España de Tenis y las regatas de vela con el Trofeo del Turismo y el denominado *Match* entre Bilbao y la capital donostiarra. Un torneo de golf se llevaba a cabo en el Real Golf Club de San Sebastián, y para otro tipo de aficionados, en el hotel María Cristina, se daba cita un campeonato de *bridge*.

Aparte de todo ello no faltaban las grandes fiestas privadas, como las organizadas por el Real Club Náutico, donde ese fin de semana actuaban *Los Vagabundos* y donde diariamente se ofrecían explosivas fiestas nocturnas. Otro tanto ocurría en el Casino de la Playa, La Perla del Océano, donde se daban cita grandes orquestas y atracciones con divos del momento. Otros lugares de moda y entretenimiento eran Campos Elíseos, en el barrio de Martutene, y el monte Igueldo donde también se organizaban reputados bailes.

Además, el bullicio y la animación no faltaban en hoteles, cafés, cervecerías alemanas, restaurantes, en especial en la Parte Vieja y, aunque en fachadas más discretas, con sus luces rojas, también estaban los locales de alterne, en muchos de los cuales se ofrecía sexo femenino procedente de mujeres que necesitaban, tras la guerra, ganarse de esa forma el sustento de supervivencia.

El sábado, pues, los cuatro oficiales uniformados se habían divertido. No habían faltado los paseos al borde de la playa de la Concha, a lo largo de los distinguidos edificios que miraban la linda bahía protegida por la isla Santa Clara, entre los tamarindos y el olor de la arena humedecida por el salitre, donde veían y se dejaban ver, con simpatía, por los grupos de chicas jóvenes con las que se cruzaban; luego se habían sentado en la terraza de una cafetería de la avenida de España. Precisamente, estando allí, el teniente